

temple; pues infinitos soldados y generales, á quienes la extension de la atmósfera habia sostenido hasta entonces por medio de una continua irritacion, se postraron y cayeron en descomposicion. Lariboisiere, general en jefe de artillería, cayó, siguióle Eblé, la gloria del egército. Nuevas pérdidas esparcian la consternacion diariamente, y á cada hora.

En medio de este duelo general, un levantamiento y una carta de Macdonald llegaron de repente á exasperar todos aquellos dolores. Los soldados no pudieron conservar ya la esperanza de morir libres. Fué menester que el amigo abandonase á su amigo moribundo, el hermano al hermano, ó que se los llevasen en la agonía hácia Elbing. El levantamiento no infundia sobresalto mas que como síntoma; fué reprimido, pero era decisiva la noticia que Macdonald anunciaba.

---

## CAPÍTULO VI.

---

Por el lado de este mariscal, toda aquella guerra no habia sido mas que una rápida marcha de Tilsitt á Mittau, desplegándose desde el embocadero del Aa hasta Dunaburgo, y últimamente una larga defensiva al frente de Riga. La formacion de aquel egército, casi todo prusiano, su posicion y las órdenes de Napoleon, lo exigieron así.

Era una grande audacia propia de aquel emperador el haber entregado su ala izquierda, igualmente que su derecha y retirada, á los Prussianos y Austriacos. Se notó, que al mismo tiempo habia dispersado á los Polacos en todo el egército, algunos eran de dictámen que hubiera valido mas reunir el zelo de estos, y divi-

dir el odio de aquellos. Pero hubo necesidad de los naturales del pais en todas partes para intérpretes, descubridores ó guias, y de su audaz ardor en el verdadero punto de ataque. En cuanto á los Prusianos y Austríacos, es verisimil que no se hubieran dejado diseminar. Mezclados en la izquierda Macdonald y siete mil Bávaros, Wesfaliano, y Polacos, con veinte y dos mil Prusianos, parecióros suficientes para responder de estos y de los Rusos.

En la marcha hácia allá, no se habia tratado en el principio mas que de enviar por delante algunos puestos, y quitar algunos almacenes. Hubo despues algunas escaramuzas entre el Aa y Riga. Los Prusianos ganaron Eckau en una accion bastante viva al general Lewis; y permanecieron despues sosegados durante veinte dias por ámbas partes. Macdonald empleó aquel tiempo en apoderarse de Dunaburgo, y hacer venir á Mittau la gruesa artillería necesaria para el asedio de Riga.

Al rumor de su llegada, el comandante en gefe de Riga mandó salir el 23 de agosto en tres columnas á todos sus Rusos. Las dos mas endebles debieron hacer ataques falsos; la una, siguiendo la orilla del mar Báltico; la otra, en derechura hácia Mittau; y la tercera, fuerte y mandada por Lewis, debió quitar al mismo tiempo Eckau, arrollar á los Prusianos hasta en el Aa, pasar este rio, y apoderarse del parque de artillería ó destruirle.

Todo salió bien hasta mas allá del Aa, en que Grawert, sostenido en fin por Kleist, rechazó á Lewis; y siguiendo despues con encarnizamiento las huellas á los Rusos, hasta dentro de Eckau, le derrotó enteramente allí. Lewis se marchó en derrota hasta el Duna, que pasó á nado, dejando un sinnúmero de prisioneros.

Macdonald estaba satisfecho hasta entonces. Aun se dijo que en Smolensko pensaba Napoleon en elevar á Yorck al puesto de mariscal del imperio, al mismo tiempo

que hacia nombrar en Viena feld-mariscal á Schwartzemberg. No eran sin embargo iguales los derechos de ambos gefes.

Se manifestaban varios síntomas desagradables en nuestras dos alas; en los Austríacos, fermentaban entre los oficiales; su general los retenia en nuestra alianza, y aun nos advertia de las malas disposiciones de los suyos, y de los medios de impedir que este contagio se comunicara á los otros aliados nuestros mezclados con sus tropas.

Sucedia lo contrario en nuestra ala izquierda, en la cual el ejército prusiano marchaba sin segunda intencion, mientras que su general se conjuraba contra nosotros. Por lo mismo se veia en las batallas, que en el ala derecha el gefe, arrastraba á sus tropas á pesar de ellas, mientras que en la izquierda las tropas incitaban á su gefe para adelantarse á pesar de él.

Entre estos los oficiales, soldados y Grawert mismo, antiguo guerrero leal y sin

política, todos servian francamente. Pelearon como leones siempre que se vieron libres de su gefe; querian, decian ellos mismos, lavar á la vista de los Franceses el oprobio de su desastre de 1806, recuperar nuestra estimacion, vencer delante de sus vencedores, mostrar que su derrota no debia atribuirse mas que á su gobierno, y que hubieran sido dignos de una mejor suerte.

Yorck llevaba mas adelante sus miras. Era de aquella sociedad de los Amigos de la Virtud, cuya máxima era el odio de los Franceses, y el fin, su entera expulsion de la Alemania; pero Napoleon estaba victorioso todavía, y el Prusiano temia exponerse. Por otra parte, la justicia de Macdonald, su dulzura y fama militar, le habian cautivado los corazones de sus soldados. «Nunca se habian hallado tan felices, decian los Prusianos, como bajo el mando de un Frances. Efectivamente, unidos aquellos vencidos con los conquistadores, y gozando con estos de los

derechos de la conquista, se habian dejado seducir del omnipotente atractivo de pertenecer al partido de la victoria.

Todo concurría para ello. Su administracion se dirigia por un intendente y agentes tomados en su ejército, y vivian en la abundancia. Por este lado sin embargo, comenzó la contienda entre Macdonald y Yorck, y halló el ódio de este último una salida para desahogarse.

Al principio se suscitaron varias quejas en el pais contra aquella administracion. No tardó en llegar un comisario ordenador frances; y sea rivalidad, sea justicia, acusó al intendente prusiano de vejar á los pueblos con desmesurados embargos de ganados. « Les enviaba, decian, á la Prusia, agotada con nuestro tránsito; en ello era defraudado el ejército, en el cual se experimentaría el hambre bien pronto. » En su concepto, no se le ocultaba este manejo á Yorck. Macdonald dió crédito á la acusacion, despidió al acusado, confió la administracion al acusador, y po-

seido de despecho, Yorck no pensó ya mas que en vengarse.

Napoleon se hallaba á la sazón en Moscou. El Prusiano le observaba; previó con regocijo las consecuencias de aquella temeridad, y aun parece que se rindió á la tentacion de aprovecharse de ella, y tomar la delantera á la fortuna. El general ruso supo en el 23 de septiembre que Yorck habia descubierto Mittau; y sea que hubiese recibido refuerzos, pues en efecto dos divisiones acababan de llegar de Finlandia, sea en virtud de cualquiera otra confianza, se aventuró hasta dentro de aquella ciudad, de la cual se apoderó, y se dispuso á llevar adelante su triunfo. Iba á ser cogido el gran parque de sitio: Yorck, si hemos de dar crédito á algunos testigos, le habia expuesto, permanecia inmóvil, y le entregaba.

Dicen que su gefe de estado mayor se indignó entonces de semejante traicion; aseguran que representó vivamente á su general que iba á perderse, y consiguio la

gloria de las armas prusianas; y que trastornado ultimamente Yorck, dejó que Kleist se pusiera en movimiento. Su venida fué suficiente; pero en aquella ocasion, aunque se habia dado una batalla formal, apenas se contaron por ambas partes cuatrocientos hombres inhabilitados para la pelea. Acabada aquella guerrilla, cada uno volvió á ocupar sosegadamente su anterior puesto.

---

 CAPITULO VII.
 

---

A esta noticia, se inquietó é indignó Macdonald, y acudió desde su ala derecha, en la que habia permanecido quizás distante de los Prusianos por mucho tiempo. Aquella sorpresa de Mittau, el peligro que el parque de sitio habia corrido, la tenacidad de Yorck en no perseguir al enemigo, y las secretas particularidades que le llegaron del cuartel general de aquel gefe prusiano, todo ello infundia sobresaltos; pero cuanto mas fundadas eran las sospechas, tanto mas era necesario fingir; porque finalmente el ejército prusiano, ageno de la trama de su gefe, habia peleado francamente, el enemigo habia abandonado lo cogido, las exterioridades no suministraban materia de queja, y la po-

lítica hubiera querido que Macdonal se manifestara contento con ello.

Hizo todo lo contrario. Su pronto genio ó lealtad, no pudieron disimular; prorumpió en reconvenciones contra el general prusiano al tiempo mismo en que muy satisfechas sus tropas de sus triunfos, contaban con elogios y recompensas. Yorck tuvo el arte de hacer que unos soldados, cuyas esperanzas habian salido frustradas, participasen del sinsabor de una humillacion que le estaba reservada á él solo.

Se hallan en las cartas de Macdonald los justos motivos de su descontento. Escribia á Yorck, « que era una cosa vergonzosa que de continuo fuesen atacados sus puestos, sin que por su parte hubiese hostigado ni siquiera una sola vez á los Rusos, y que desde que se estaba á la vista del enemigo, no habia hecho mas que repeler sus ataques sin tomar nunca la ofensiva, á pesar de que sus oficiales y tropas manifestaban la mejor voluntad. » Lo cual era verdad, porque en general

era un espectáculo notable el ardor de todos aquellos Alemanes en favor de una causa que les era agena, y que podia parecerles enemiga.

Todos se precipitaban á porfia entre sí, en medio de los peligros para obtener la estimacion del ejército grande y un elogio de Napoleon. Sus príncipes preferian las simples insignias de plata de la gloria francesa á sus mas ricas bandas. Parecia entonces todavía que el ingenio de Napoleon lo habia obcecado ó domado todo. Tan magnifico en premiar como pronto y tremendo en castigar, era el dispensador de todos los bienes al modo de uno de aquellos grandes centros de la naturaleza. En muchos Alemanes, se agregaba á esto una respetuosa admiracion para con una vida caracterizada con aquellas maravillas de que son tan amigos.

Pero su atractivo dependia de la victoria, y comenzaba ya la infausta retirada; los gritos de venganza de la Rusia correspondian ya del norte al mediodia, de la

Europa, á los de España; se cruzaban y resonaban en los territorios alemanes, bajo el yugo todavía; y encendidos estos incendios mayores en los dos extremos de la Europa, se acercaban á su centro, despedían allí una nueva claridad, y le cubrían de chispas, que se recogían por unos corazones consumidos de un odio patriótico, exaltado hasta el fanatismo por la misticidad. A proporción que nuestra derrota se aproximaba á la Alemania, se oía salir de su seno un sordo rumor, un murmullo todavía trémulo, incierto y confuso, pero general.

Alimentados los universitarios con aquellas ideas de independencia, sugeridos por su antigua constitución que les aseguraba tantos fieros, poseídos de los exaltados recuerdos de la gloria antigua y caballeresca de la Germania, y zelosos por ella de cualquiera otra extranjera, habían permanecido siendo enemigos nuestros. Absolutamente ajenos de los cálculos de la política, no habían rendido

nunca su cerviz al yugo de nuestras victorias. Desde que esta se había obscurecido, se difundía un mismo espíritu entre los políticos y hasta entre los militares. La asociación de los Amigos de la Virtud, daba visos de una vasta trama á esta sublevación: conspiraron efectivamente algunos gefes, pero no había conjuración; era una conmoción espontánea, una sensación común y universal.

Aumentaba hábilmente Alejandro semejantes disposiciones con sus proclamas y circulares dirigidas á los Alemanes, y mandando tratar con miramiento á sus prisioneros. En cuanto á los monarcas de la Europa, él y Bernardotte eran los únicos que marchaban al frente de sus pueblos; y retirados todos los demás por la política ú honor, se dejaban adelantar de sus súbditos.

Se extendió este contagio en el ejército grande, de lo que había recibido aviso Napoleón desde el paso del Beresina; pues se habían notado ciertas comu-

nicaciones entre algunos generales bávaros, sajones y austríacos. En la izquierda, la mala voluntad de Yorck tomó nuevo aumento, y se extendió á una parte de sus tropas; se reunian todos los enemigos de la Francia, y asombrado Macdonald, acababa de verse precisado á desechas las pérfidas insinuaciones de un edecan de Moreau. No obstante esto, habia sido tan profunda en todos aquellos Alemanes la impresion de nuestras victorias, y estaban tan habituados al yugo, que necesitaron de mucho tiempo para sacudirle.

Viendo en el 15 de noviembre Macdonald, que la izquierda de la línea rusa se extendia á mucha distancia de Riga, entre sí y el Duna, mandó hacer ataques falsos en todo el frente de los enemigos, y ejecutó uno verdadero contra su centro, por el que penetró rápidamente hasta el rio, hácia Dahlenkirchen. Toda la izquierda de los Rusos, Lewis y cinco mil

hombres, se hallaron separados de su retirada y arrinconados en el Duna.

Lewis buscó en balde una salida, pues se encontró en todas partes con el enemigo y perdió dos batallones y un escuadron: estaba cogido todo entero si se le hubiera estrechado mas, pero le dejaron suficiente sitio y tiempo para respirar: creciendo el frio y careciendo de tierra este general para escaparse, se atrevió á fiarse en los hielos todavía débiles, que comenzaban á cubrir el rio. Mandó tender sobre ellos una capa de paja y tabla; y atravesando así el Duna en dos puntos entre Friedsichstat y Lindeau, volvió á Riga, al tiempo mismo que sus compañeros le miraban como perdido.

Al siguiente dia de aquella batalla supo Macdonald la retirada de Napoleon hácia Smolensko, pero no el desarreglo del ejército. De allí á pocos dias, siniestros rumores le trageron la noticia de la toma de Minsk. Estaba inquieto, cuando en el



4 de diciembre hinchando una carta de Maret la victoria del Beresina , le participó haberse cogido nueve mil Rusos, nueve banderas y doce cañones. El Almirante, decia la carta, estaba reducido á trece mil hombres.

De nuevo fueron rechazados los Rusos de Riga el 3 de diciembre por los Prusianos en una de sus tentativas. Yorek, sea prudencia ó conciencia, se contenia, y se habia reconciliado con el Macdonald. En 19 de diciembre, doce dias despues de la partida de Napoleon, ocho despues de la reconquista de Vilna por Kutusof, y finalmente cuando Macdonald comenzó su retirada, permanecia fiel todavía el egército prusiano.

---

## CAPITULO VIII.

---

Desde Vilna, con fecha de 9 de diciembre, y por medio de un oficial prusiano, se envió á Macdonald la orden de retirarse lentamente hácia Tilsitt. No cuidaron de transmitirle esta instruccion por muchas vias, ni pensaron en valerse de los Lituanos para un mensaje de tanta importancia, aventurando así la ruina del último egército, y el único que permanecia íntegro. Esta orden escrita á cuatro jornadas de Macdonald, estuvo mucho tiempo en camino, y tardó nueve dias en llegar á sus manos.

Este mariscal dirigió su retirada hácia Tilsitt, pasando entre Telzs y Szawlia. Formando su retaguardia Yorek y la mayor parte de los Prusianos, se le adelan-